Puccio había desaparecido y su sed devoradora se había apagado, como el uno y el otro atestiguaron después en el proceso de canonización (1).

Verdaderamente que es grande el poder de Nicolás sobre el corazón de Dios, que no sabe negar nada á las súplicas de su siervo. Así se comprende fuese tan grande la confianza de tantos como acudían al humilde religioso en demanda de auxilios y de salud, por medio de la señal de la cruz trazada sobre ellos por la mano de un santo.





CAPÍTULO XI

Celo de San Nicolás por la salud de las almas.—San Nicolás en el tribunal de la penitencia.—Introduce la paz en una familia.—Ugolino Monaldo.—Fiordalisia conservada milagrosamente en la vida.

El gran Santo, cuya admirable vida estamos refiriendo, no había recibido solamente del Cielo la misión de aliviar las enfermedades humanas de los que á él llegaban y de devolver la salud corporal á los enfermos, sino que, ante todo y sobre todo, procuraba curar las almas, mucho más preciosas á sus ojos. No perdonaba medio alguno para tratarlos, instruirlos, alzarlos de la culpa y reconciliarlos con Dios. Rogaba sin cesar, y ayunaba y hacía otras penitencias por la salud de los pecadores. Dirigíales desde la cátedra de la Verdad los llamamientos más tiernos y las amenazas más capaces de hacerles volver sobre sí mismos, persiguiéndolos con su profunda y dulcísima mirada y atrayéndolos con su tierna compasión. En el tribunal de la penitencia era donde principalmente los aguar-

⁽¹⁾ Proceso, fol. 85, pág. 1.

daba, prodigándoles los tesoros de su caridad heroica. Siendo como es la confesión sincera condición necesaria para volver á Dios, San Nicolás se hallaba siempre dispuesto á oir y absolver á los pobres pecadores, y cualquiera que fuese su ocupación, y por muy fatigado que se encontrara, todo lo dejaba por administrarles el sacramento de la penitencia. En este tribunal sagrado es donde puede decirse que se manifestaba en todo su esplendor el celo heroico de este digno hijo de San Agustín.

«Cuando él escuchaba las confesiones, dice el proceso de canonización, parecía un ángel» (1), teniendo el corazón en el Cielo, invocando el auxilio de la gracia, y la mano sobre los pecadores para bendecirlos, guiarlos y conducirlos hacia las altas regiones de la virtud, que Dios llena con sus resplandores. Hubiera él deseado ver á todos los cristianos acercarse con frecuencia á este sacramento, que restablece la paz, la gracia y el amor entre el alma pecadora y su Criador soberano. Imposible, pues, sería el pintar la diligencia y anhelo con que los fieles concurrían á su confesonario, y cuán felices se juzgaban de poder depositar en el corazón del santo

religioso el peso enojoso de sus iniquidades. Comprendían ellos muy bien que sus consejos venían de lo alto, que la vida nueva cuyo camino les señalaba era la de la salvación, y que su palabra bendecida tenía poder y eficacia para romper las ligaduras que los habían retenido hasta entonces en los caminos de la maldad.

Nicolás recibía á todos con una dulzura y una benevolencia á toda prueba (1), así á los ricos como á los pobres, á los nobles como á los plebeyos, á los sabios como á los ignorantes; él á nadie despedía, dando, por el contrario, á cada uno todo el tiempo que éste deseaba para entenderse perfectamente. Tenía para los niños la ternura de un padre, aplicándose á enseñar él mismo á los más pequeños y á los más pobres los rudimentos de la doctrina cristiana, y, luego que los tenía bien preparados, los oía en confesión y los admitía á la sagrada Mesa.

Mostrándose accesible á todos, él mismo se adelantaba á aquellos que vacilaban en venir á encontrarle, y escuchaba con inalterable benevolencia las relaciones más humillantes y á veces más fastidiosas de sus penitentes: su generosa piedad y su caridad sin límites

⁽¹⁾ Videbatur quidam angelus in confessionibus audiendis. *Proceso*.

⁽¹⁾ Et confitentes confortabat humiliter et benigne. Proceso.

hacíanle sentir vivamente las desgracias y flaquezas de los hombres. Derramaba abundantes lágrimas al oir el relato de ciertos pecados y ver la amargura de los que los confesaban, esforzándose por reanimar su corazón abatido, curar las heridas de la culpa y sondar su gravedad é importancia con una delicadeza y una paciencia admirables (1). Ofrecía á Dios en seguida estas almas curadas ya y purificadas, y regocijábase de haber trabajado por sólo la gloria de su Maestro y de haberle conquistado corazones alejados de El hasta entonces. Así es como Nicolás entendía la misión del sacerdote sobre la tierra, y nada ni nadie era capaz de hacerle retroceder en el heroico ejercicio de este sagrado ministerio. Era el verdadero Samaritano, siempre dispuesto á derramar el aceite y el vino sobre las llagas del pobre pecador y del desgraciado extranjero que encontraba en su camino.

Viósele algunas veces, aun siendo víctima de ardiente fiebre, abandonar su lecho y acudir á la iglesia, tan pronto como él juzgaba que lo esperaban en el confesonario (2). Cuando alguna vez le hacían notar sus hermanos que su salud pedía mas cuidado: « Mi vida no vale nada, respondía él sonriendo; y si yo sucumbo por la salud de un alma, yo doy una cosa de ningún valor por otra que ha costado la sangre de Jesucristo».

La actividad de nuestro Santo tenía algo de prodigiosa. A fin de poder consagrar más tiempo á oir confesiones, levantábase entre dos y media á tres de la mañana, comenzando el día por una ruda disciplina, seguida de algunas horas de meditación y de la celebración de la santa Misa, después de la cual se dirigía al tribunal de la penitencia. Todos los sábados, todas las vísperas de fiesta y casi todos los días de la Cuaresma permanecía en el confesonario, desde la mañana hasta la noche, sin tomar alimento alguno (1). Grupos de gente se sucedían unos á otros sin interrupción ante su confesonario, y Nicolás permanecía allí sereno, inmoble y recogido, recibiendo á todo el mundo, sin dejar entrever la menor fatiga ni la más pequeña impaciencia, pronunciando sobre cada uno las palabras del perdón, de la resurrección y de la vida.

Su caridad le hacía ingenioso para alentar

⁽¹⁾ Compatiebatur multum in defectibus et infirmitatibus eorum et offerendo se velle pœnitentiam portare pro eis. *Proceso*.

⁽²⁾ Mas informado de que el buen Padre padecía una violenta calentura... cuando he aquí que

ve venir al santísimo ministro. Giorgi, cap. v, página 55.
(1) Giorgi, ibid.

y consolar á los desgraciados que venían á confesarle las faltas más graves y los crímenes más enormes. No les imponía más que ligeras penitencias, dice el proceso, reservándose á veces el rezar él mismo las oraciones que los pecadores perezosos ó poco sinceros encontraban demasiado largas ó penosas. Considerándose como una víctima encargada de expiar los pecados de los otros, especialmente de aquellos que se llamaban sus hermanos y sus hijos en Jesucristo, oraba sin cesar por ellos, ayunaba, celebraba la santa Misa y mezclaba su sangre con sus lágrimas á fin de obtener el arrepentimiento y conversión de los mismos, y poder así satisfacer á la Justicia divina, ultrajada por tantas iniquidades (1). ¡Qué imitación tan perfecta del Redentor divino! ¿Qué tiene, pues, de extraño, después de todo esto, el que nadie pudiese resistir á Nicolás y el que se juzgasen como una excepción los pecadores que no hubiesen respondido á su llamamiento y exhortaciones?

Insistimos sobre este punto, porque es menester hacer notar que por el tiempo en que nuestro Santo ejercía de este modo el ministerio, es decir, á fines del siglo XIII y principios del XIV, estaban los sacramentos casi totalmente abandonados; ni hombres ni mujeres se acercaban al tribunal de la penitencia, ni recibían la sagrada Eucaristía. Mas con el siervo de Dios parecieron renacer los días de la antigua piedad; todas las ruinas morales causadas por las guerras y las herejías fueron gloriosa y sólidamente reparadas. Estas ruinas, sin embargo, eran grandes: las guerras, ya lo hemos dicho, habían engendrado una profunda corrupción en todas las clases sociales; las leyes sagradas del matrimonio eran pisoteadas; la mujer misma daba ejemplos de una licencia desenfrenada y de unas costumbres perversas. Mas, como dice un escritor, el Santo colocó bajo el yugo del matrimonio y volvió á encerrar en el santuario, santificado de antemano, del hogar doméstico á todas las Dalilas de la ignominia. Las más perversas almas marchaban á su voz hacia el camino de la virtud, y aun los más públicos y escandalosos pecadores, siéndoles imposible resistir á su celo, á sus oraciones y á sus ayunos, se veían subyugados por la fuerza de su alma, por su pureza inviolable y por su invencible valor (1). Tales eran las victorias alcanzadas cada día por la eminente santidad

⁽¹⁾ Imponebat parvas pœnitentias... pro multis sibi confitentibus orabat, celebrabat et lacrymas effundebat ut a tenebris peccatorum liberarentur. **Proceso.**

⁽¹⁾ Giorgi, cap. v, pág. 49.

de Nicolás, cuya vida entera estaba consagrada á practicar el bien, á devolver la paz á las familias, á apaciguar las discordias y á poner en acción todos los medios posibles para hacer cesar los odios y atajar todo género de pleitos. De este modo merecía ya entonces Nicolás el bello y glorioso título de Angel de la paz, con que le llama el Breviario, y con que le distinguen también el Beato Jordán de Sajonia y San Antonino, que no dudan de proclamarlo, el uno la paz de los enemistados, y el otro la paz de los desunidos (1).

El hecho que vamos á referir, escogido entre otros muchos, lo probará de una manera brillante. Una joven de diez y seis años, llamada Juana, habíase casado con un habitante de Tolentino, Angel de Paul, el cual, á poco tiempo de casados, había concebido un odio violento y sin motivo ninguno contra su esposa. Sin que ella diese el menor fundamento á semejante modo de tratarla, colmábala Juan de injurias y atropellos, de suerte que la pobre mujer pasaba sus días llorando sin consuelo en la mayor tristeza. Como ella rogase humildemente al Señor se dignase concederle la fuerza y valor necesarios para soportar este

El verdadero espíritu apostólico obliga al sacerdote á ocuparse en consolar sin excepción á todos aquellos que sufren y tienen necesidad de sus socorros. Sabiendo, pues, nuestro Santo cuántos ladrones y criminales públicos se encuentran ordinariamente abandonados en sus prisiones, difíciles, por tanto, de convertir, esforzóse siempre con un celo

martirio, ó ablandar el corazón de su consorte, Dios, dejándose vencer por estas súplicas, hizo que Nicolás llegase á entender la disensión que había entre los dos esposos y el odio injusto que emponzoñaba el corazón de Angel de Paul. Hizo el Santo que viniesen á su presencia, y supo dirigir reproches tan elocuentes y tan bien merecidos al culpable, que allí mismo pidió éste perdón á Juana y le prometió, llorando, tratarla en adelante con el cariño y las consideraciones debidas á una mujer digna de respeto. Jamás esta joven tuvo ya nada que sentir con su marido, y en la declaración jurídica que hizo para la canonización añadió estas sencillas palabras: «Después de nuestra entrevista con el P. Nicolás, no ha habido jamás entre nosotros la menor discordia». Esta entrevista tuvo lugar en 1303, y Angel no había muerto hasta 1325 (1).

⁽¹⁾ San Antonino. In vita. Breviario. Beato Jordán de Sajonia. In Vitas Fratrum.

⁽¹⁾ Post dictum F. Nicolai inter nos nulla discordia fuit, Proceso.

particular y una caridad extrema por levantar á estas pobres almas del abismo de la maldad donde se hallaban sepultadas. Recorría uno por uno los calabozos, como un padre que se desvela por sus hijos y comparte con ellos las penas y las amarguras; escuchaba sus lamentos con una extrema paciencia, y juntando, cuanto le era posible, la limosna y los auxilios corporales á los consejos y exhortaciones, y hablaba, en fin, á los carceleros, procurando inspirarles sentimientos de humanidad y compasión, de los cuales su corazón se hallaba lleno.

Desde entonces, pues, empezaba á reinar el espíritu de la paz en los lugares donde sólo reinaba antes la confusión y el desorden, resaltando de esta suerte los efectos de la bondad y de la virtud sobre las almas perversas, que parecían antes incapaces de dolor ni sentimiento alguno santificantes. Nicolás les hablaba de Dios y los confesaba; y, como viese en ellos una seria conversión, trataba por todos los medios imaginables de obtener su rescate y libertad. Estos cuidados heroicos por los pobres cautivos debieron ser muy admirados y conocidos de todos; pues el proceso de canonización llama á nuestro Santo el más grande consolador de los afligidos y de los cautivos (1).

Los enfermos y miserables, como ya lo hemos dicho, eran también para Nicolás objeto de un especial cuidado, ocupándose, sobre todo, en aquellos que, próximos á la muerte, iban pronto á comparecer delante de Dios. Sabía él mejor que nadie cuán grave, difícil, solemne y decisivo para la eternidad era este momento supremo; pues que, según las palabras del historiador anónimo de Nicolás, el instante de la muerte es el campo de la última y más importante batalla. Si tan lleno de celo y de piedad se mostraba este apóstol tratándose de los sufrimientos corporales, ¿cuál sería su abnegación y sacrificio tratándose de las almas y de su salvación eterna?

Siguiendo la piadosa y laudable costumbre de Italia, jamás abandonaba al enfermo en los momentos de la agonía. Allí, junto al lecho del dolor, escribe el Beato Jordán de Sajonia, velaba noches enteras, rogando por el moribundo y confortándolo con palabras llenas de esperanza y de dulzura; pareciendo á los ojos de aquellos á quienes asistía como un habitante de las moradas eternas bajado á su lecho fúnebre para ayudarles en el último paso de su vida y conducirlos al Cielo (1).

^{[(1)} Mæstis erat lætitia... captivis remedium,

tribulatorum et infirmorum maximus consolator.

⁽¹⁾ Beato Jordán de Sajonia. Vitæ Fratrum.

Ante su semblante pálido y angelical, iluminado con los resplandores de la caridad divina, el moribundo sentíase consolado y lleno de confianza. La despedida le era menos sensible, la separación menos amarga, sabiendo que exhalaba el último suspiro entre los brazos y sobre el corazón de un Santo, de un amigo de Dios, de un abogado poderoso ante el Soberano Juez.

Nicolás era llamado á todas partes donde había un enfermo en peligro. A él se recurría para asegurar la salud eterna de los moribundos y con la esperanza de obtener la curación corporal, como sucedía con frecuencia; siendo así que, aun cuando el Santo se hallase también enfermo, lejos de preocuparse por su enfermedad, aun se alegraba de sus dolores. Cuando sus achaques le obligaban á renunciar á sus ansiadas visitas á los moribundos, afligíase profundamente pensando en ellos, y como excelente padre los recomendaba á Dios muy especialmente.

Un día en que se encontraba imposibilitado de salir del convento á causa de sus enfermedades, como uno de sus penitentes le ofreciese un pollo: « Anda, hijo mío, le dijo, lleva ese pollo á cualquier pobre enfermo que lo necesite más que yo» (1).

Otro día en que el Santo se hallaba acostado, víctima de una ardiente calentura, vinieron á decirle que un hombre de Tolentino, llamado Ugolino, hijo de Conrado Monaldo, acababa de ser atacado de apoplejía; que de la cabeza á los pies había quedado paralítico del lado derecho, y que tenía el ojo completamente ciego. Ningún remedio había capaz de consolar al paciente, que á cada instante reclamaba los auxilios del siervo de Dios, el cual, á pesar de su debilidad y de sus propios dolores, levantóse al punto y arrastróse trabajosamente hasta la casa del enfermo. «Sabe, hijo mío, le dijo al entrar, que esta enfermedad es una visita del Señor. Porque te ama, por eso te ha herido; no para matarte, sino para santificarte. ¡Anímate, pues! El, como tan misericordioso, te curará». Tocando entonces Nicolás el costado enfermo hizo la señal de la cruz, y al momento los miembros paralíticos volviéronse flexibles y llenos de vida, los ojos recobraron su primera fuerza, y Ugolino, dice el proceso, anduvo libremente y pudo ir sin dificultad á donde quiso (1).

Terminaremos este capítulo añadiendo, pa-

⁽¹⁾ Dum ipsa portavit ipsi Nicolao unum polas-

trum, noluit accipere, sed dixit ei: Vade filia, porta aliquo infirmo pauperi qui indigeat plusquam ego. *Proceso*.

⁽¹⁾ Proceso, fol. 103, pág. 2.

ra consuelo de las madres, que tanto durante su vida, como después de su muerte, el Taumaturgo de Tolentino fué especialmente invocado por las mujeres á quienes Dios parece complacerse en negar la alegría de la maternidad, así como por aquellas que se encuentran en los dolores del alumbramiento. escuchando él siempre las oraciones que se le dirigen á este fin en tan dolorosas circunstancias. El proceso de canonización refiere milagros obrados por el Santo antes de su glorioso tránsito, y nosotros referiremos en otro capítulo los que se relacionan con la familia Apillaterra, con la cual tuvo él estrechas relaciones. Contentémonos por ahora con referir el hecho siguiente, sucedido en vida de Nicolás, y que es bastante notable para excitar la devoción de las mujeres verdaderamente piadosas.

El día de la Ascensión del año 1305, una joven llamada Fiordalisia, que hacía ocho días padecía los dolores del parto y se hallaba reducida al último extremo de la vida, pidió ser confesada por la última vez con el Santo, su padre espiritual, deseando entregar su alma á los ojos de este poderoso amigo de Dios. Después de haberla absuelto y animado, Nicolás, alejándose, arrodillóse en fervorosa oración, pidiendo al Señor que, por su misericordia infinita, se dignase premiar la

confianza de la piadosa cristiana. Habiendo prolongado por dos horas su oración, otorgóle el Señor el milagro pedido, conservando felizmente la vida á Fiordalisia. Así Dios se doblegaba á los deseos de su siervo, pareciendo como que se gloriaba en favorecerle con el don de milagros, para compensar de este modo sus heroicas virtudes y hacer su misión cada vez más admirable y divina á la vista de los pueblos.

